

AGUA ARRIBA; AGUA ABAJO: SOBRE EL LIBRO *ACUEDUCTO, HISTORIA DEL AGUA EN SAN JUAN DE ANÍBAL SEPÚLVEDA RIVERA*

Silvia Álvarez Curbelo

Hay un lenguaje que enhebra los paisajes sentimentales, tecnológicos, sociales e intelectuales en el libro *Acueducto* de Aníbal Sepúlveda Rivera, que acaba de surgir de las aguas. Es el lenguaje de los archivos. Son muchas las sedes en las que los archivos son lengua franca. Una de ellas ubica donde empieza la isleta de San Juan, isleta donde también comienza la memoria que desvela este libro. Se trata del Archivo General de Puerto Rico. Si atisbamos dentro de la Sala de Referencias –los veteranos de muchos años como Aníbal y los de menos años en la investigación pero que pudieron testimoniar su afanada brega– no dejaremos de sentir su ausencia y de sentir su presencia. A Fernando Picó, Aníbal y yo dedicamos esta presentación.

Hay otras hermandades entre Fernando y Aníbal. Una de ellas es Río Piedras. A Fernando, le halaba más Río Piedras con la R mayúscula, la ciudad abigarrada, fondera, fronteriza, inestable; a Aníbal, río Piedras, con la r minúscula, el río Piedras, casi desconocido excepto por sus desmanes en días de lluvia intensa donde busca el cauce perdido. Río Piedras es el otro polo de la saga del agua iniciada hace cinco siglos en la isleta de San Juan.

Yo conocí de ese trasvase, de esa ligazón entre el río y su ciudad próxima y entre el río y su ciudad lejana –San Juan–, aquí, con Aníbal y con el arquitecto Alberto del Toro y su don de insuflar cadencia a la línea dibujada. En las finas representaciones de Beto, San Juan, ciudad marítima, se desdobra como ciudad ribereña; dos circuitos de vida e identidad urbana que nos empeñamos en desperdiciar y maltratar.

El aquí es sobre todo el del último meandro del río y el aquí donde inaugura operaciones el *Acueducto* que, concluido en 1898, llevó finalmente el agua a San Juan. Memoria líquida, imbricación acuosa de espacios y tiempos como el río mismo. *Acueducto* de Aníbal Sepúlveda Rivera intercepta los caminos del agua con los avatares urbanísticos de una ciudad murada por los determinismos militares, con las tecnologías que anuncian modernidad, con los poderes políticos que adelantan y los que detienen, con la imaginación popular que arma sus bricolajes para que el agua no se escurra entre los dedos.

Aquí, en este mismo lugar, Aníbal y Beto y muchos otros han esgrimido códigos varios – el de los documentos, el de los mapas, el de los diseños

arquitectónicos y de ingeniería, el de los programas informáticos- en la visualización y puesta en escena de un proyecto maravilloso donde se borran las fronteras entre naturaleza y cultura; historia y memoria; artefactos y significaciones.

Múltiples son las materialidades y culturas del agua en San Juan. A primera vista, la construcción del acueducto parecería pertenecer al reino de las infraestructuras, pero como este libro demuestra, es parte también de los trasiegos del poder; del mundo de las alquimias del agua; del mundo de las ciudades reales, imaginadas o invisibles. *Acueducto* es un libro para desarrollar y consumir de a sorbos, saboreando los detalles de mapas, órdenes oficiales, maquinarias y los rostros de algunos que tuvieron el acueducto como proyecto de vida y trabajo y los rostros de muchos que a lo largo de los siglos han insistido y aún insisten en su derecho al agua. Hoy apalabro cuatro arroyos de este texto que reclamaron particularmente mi atención. Los he llamado *La sed de San Juan, Las guerras del agua, Aguas de la guerra y Ruinas, memorias y futuros*. Son embocadura y como las de los ríos, sólo inicio, que no sacia hasta que hemos leído el libro.

1. La sed de San Juan

“Water, water, everywhere,
Nor any drop to drink.”

Samuel Taylor Coleridge, *The Rime of the Ancient Mariner* (1834)

Desde su nacimiento, San Juan es una ciudad sedienta. Como el poema de Coleridge, rodeada de agua pero

sin aquella que pueda apagar su sed, lavar cuerpos y ropas, limpiar calles y hogares de la mayoría de sus habitantes. A punto de cumplir 500 años, Aníbal ha contado la historia de San Juan antes: en su libro iniciático *Historia Urbana de San Juan*; la ha vuelto a narrar en su oceánico *Puerto Rico urbano: Atlas histórico de la ciudad puertorriqueña*, un trabajo doselado por el optimismo -en la actualidad bastante naufragado- del nuevo milenio. Hoy, esa historia sanjuanera retorna, narrada desde otra imaginación geográfica que las de sus anteriores libros: la del agua deseada, escondida y vuelta a encontrar.

En el mapa pre-fundacional de 1519, el letrado Rodrigo de Figueroa inscribe en la mole a un costado de la bahía, *Aquí ha de ser la ciudad*. La utopía urbana que le da sentido es una intrincada cartografía del agua. Trasladado a la isleta en la barca de Martín Peña, el asentamiento se inserta en un paisaje hidráulico de canales, esteros, lagunas y desembocaduras de río, pero paradójicamente la prefiguración de Figueroa no se cumple. La ciudad, obnubilada por sueños de piedra y de oro, se enajena de su entretejido fluvial. San Juan hinca pozos -el primero es en los campos donde se construirá El Morro-, construye fuentes y aljibes. Se convierte en una ciudad a merced de la lluvia donde el agua se traduce en trabajo costoso y esforzado: en trabajo de esclavos. Aníbal extrae de un documento de 1534, año en el que se le quemaban las plantas de los pies a los que se querían ir de aquí al Perú, la

siguiente admisión: “cada hombre ha de menester un esclavo para que le traiga agua que beba”.

Por tres siglos, el agua y su ausencia marcan la clase y la raza. Dos fuentes, las de Aguilar y Miraflores, no son suficientes para las necesidades públicas. Sirven, sin embargo, para criminalizar a las lavanderas, la mayoría negras, fenómeno que Aníbal registra desde el siglo 17 y que discurre como el agua usada de las tandas que ellas lavaban para los ricos y los militares. Acusadas de producir lodaceros en los alrededores de las fuentes, sobre las lavanderas se ciernen siempre las sombras promiscuas. Curiosidad de época: Tomás O’Daly y los alarifes militares que adelantan las obras del imponente San Cristóbal en el último tercio del siglo 18, le encomiendan al artista José Campeche que dignifique la fuente de Aguilar (entonces ya llamada Fuente de San Antonio) con figuras pintadas que, como es de esperar, el agua destiñó eventualmente. El trasunto de las campechanas figuras se recobra en una de las numerosas ilustraciones que forman parte de la narrativa gráfica de este libro, esmerada ejecución del diseñador Néstor Barreto.

Enclaustradas por murallas y puertas, generaciones de sanjuaneros recurren a las rogativas, esas procesiones de suplicantes que son el tema de la magnífica escultura de Lindsay Dean en el traspatio de Fortaleza, para que no los coja el holandés o para que se abran los cielos. Si no hay arbitrios

humanos que remedien las sequías, hay que recurrir a los divinos.

Ya entrado el siglo 19, Miguel de la Torre, aquel gobernador de baile, botella y baraja, se hace pintar. De la obra, Aníbal distingue el aljibe del Teatro Municipal que acaba de ser inaugurado. También se instalan más aljibes en la medida en que se imponen nuevas conductas de higiene que precisan de lavatorios y letrinas. Pero de poco vale que se añadan baños públicos y que se separen los excusados de los amos y los excusados de los criados. La cultura del aljibe no puede frenar las mezcolanzas entre lo sucio y lo limpio, el más antiguo de los binarismos morales, como nos recuerda Mary Douglas. En momentos en que la revolución industrial transforma las tecnologías del transporte, la comunicación, y las infraestructuras de iluminación y agua, San Juan, negada por desdén colonial a la modernidad, se enfrasca en una lucha pintoresca: los aljibes vs. el acueducto. Nuestra frágil modernidad carga siempre con polvos de viejos lodos.

2. Las guerras del agua

Hace exactamente 300 años y un mes a la fecha, Georg Händel compuso *Música acuática*. Su Majestad Jorge I, enfrentando una furiosa oposición política, comisionó al músico una pieza para ser interpretada mientras recorría el río Támesis en la barca real con una amante en cada brazo. Obra maestra y cotilleo aparte, la politización de la música no es nada nuevo; la del agua, tampoco. Durante el siglo 19, San Juan libró

guerras del agua que enfrentaron a la Fortaleza con el gobierno municipal; los militares con los hombres de fortuna; los proponentes de que el agua se trajera a San Juan desde un particular río vs. los que defendían que viniera de otro y, en medio de todo, una ciudad sedienta asfixiada por las murallas, el hacinamiento, el polvo y las miasmas que causaban todas las enfermedades y los malos humores. Es la ciudad que Alejandro Tapia padeció y memorializó y cuyas condiciones deplorables higienistas como Gabriel Ferrer denunciaron desde la revista Salud.

Ciertamente un acueducto se había pensado antes y el libro describe los proyectos natimueertos incluyendo uno del siglo 16 pero la historia del acueducto de San Juan es propiamente una historia decimonónica. De deseo y frenos al deseo; de suspiros coloniales y rémoras del imperio; de talentosos pero frustrados ingenieros y de aventureros que lograron lo que querían a fuerza de picardías y mucho mundo recorrido. Es una historia hecha a la medida de Aníbal por la riqueza de los expedientes, lo primoroso de los mapas, diseños, esbozos y, no menos, por el afán de los ingenieros que llevaron la voz cantante a favor de un acueducto para San Juan. Ya muchos conocen y en mi caso comparto la admiración de Aníbal por aquellos ingenieros civiles y militares que desbordaron los límites del estamento castrense para pensar la ciudad. Les adelanto, sin embargo, que la historia decimonónica del acueducto es a veces una narrativa de mundo al revés

porque los sospechosos habituales en los libros de historia nacional, aquí no lo son: el gobernador Prim, que impuso el Código Negro para castigar la resistencia esclava, y el gobernador de la Pezuela –mal recordado por la Libreta de Jornaleros– fueron promotores ilustrados del acueducto; mientras que el más criollo Ayuntamiento, insistía en... construir más aljibes.

Desde 1846 cuando el gobernador Rafael Arístegui hizo más o menos esta pregunta: ¿Y de dónde traemos el agua, desde la quebrada Juan Méndez o del río Piedras? hasta 1898 cuando se abren las plumas de las dos fuentes públicas del acueducto: la de la Plaza de Colón y la de Puerta de Tierra (para contentura de las lavanderas) transcurrieron 52 años.

¿Cómo fluye la imaginación y el talento para esbozar un acueducto, y más allá del acueducto, una ciudad, incluso un área metropolitana? ¿Qué energías, algunas propias, otras foráneas, estimulan los sueños de agua? ¿Cómo y quiénes cierran las plumas para que la obra pública no se materialice?

Conforman los capítulos centrales de este libro un entramado que comprueba la sabiduría de Sir Peter Hall, el autor de *Cities and Civilizations*, que Aníbal cita: las ciudades modernas son el resultado de la articulación tensionada, pero a la larga fructífera, entre fuerzas locales y fuerzas mundiales. Mas no miremos este apotegma en términos simplistas de hegemonías y subordinaciones. Las articulaciones

que se constituyen en este tramo del libro combinan la adopción de los modelos de infraestructura del agua de las grandes ciudades con las adaptaciones idiosincráticas necesarias dentro de una concepción de progreso cívico que no sólo beneficiaba a las castas tradicionales. Lo que Juan Manuel Lombera, Timotheo Lubenza, Enrique Gadea y Fernando Alameda generaron fue un quantum de conocimiento técnico y social admirable dentro de las circunstancias estructurales y políticas más angostas. No obstante, el viaje de Lombera a New York y Boston fue tildado de ¡Delirio! por los miembros del Ayuntamiento que en 1851 deciden construir más aljibes.

Estando el libro en imprenta, Aníbal encontró una fotografía de Lombera. Un archivo familiar le puso rostro a la firma que rubrica el archivo oficial. ¡Maravilla de los archivos – los familiares y los públicos! Cierro los ojos y adivino a Lombera a la luz de las velas, componiendo un atlas que contiene doce hermosos planos suyos que condensan el conocimiento de la época, trazan el paisaje hidrológico del momento y cuentan la historia agua arriba y agua abajo. El acueducto ha nacido y con un seductor guiño de Lombera a las autoridades militares: como la ruta del acueducto desde el río Piedras a San Juan serpentea el lienzo murado, Lombera pinta la piel exterior de los depósitos receptores como si fuera la textura de las murallas. Así como los ingenieros de Nueva York estetizaron los depósitos del acueducto de aquella ciudad pintándolos con

la, entonces muy de moda, iconografía egipcia.

De Lombera en adelante, los proyectos de acueducto son derivaciones, más sobrias o desbordadas, de su plan. A la altura de las décadas postreras del siglo 19, Aníbal distingue unos consensos en torno a su construcción definitiva: algunos, constituyen un capital público importante como el uso del vapor para elevar el agua desde el río Piedras hasta las Lomas de Prim y que el acueducto debía proveer agua para Río Piedras, Santurce y Puerta de Tierra en paralelo a la ruta de la carretera central. Pero otros consensos son bastante inéditos en Puerto Rico y anticipan estrategias de inversión y gasto que hoy se toman como últimas Coca Colas en el desierto: el crédito para financiar obras públicas; la internacionalización de los licitadores y la utilización de concesionarios privados para la construcción y manejo del acueducto.

3. Aguas de la guerra

Como la autonomía, el acueducto se completó a punto de estallar la guerra que cambiaría los destinos nacionales. También como pasó con el Parlamento Autónomo Insular, el acueducto, al menos en lo que refiere a sus fuentes públicas, se inauguró a toda prisa, como metáfora de la coreografía de cisne que fueron los dos últimos años del dominio español en Puerto Rico. Para mayor redundancia simbólica, el ingeniero Arturo Guerra Mondragón fue la bujía para darle a San Juan por fin un acueducto cuando ya Mayagüez y Ponce –ciudades abiertas a la

exportación y con mayor sensibilidad a los cambios- gozaban de sendos acueductos. Para Aníbal, Guerra asumió el proyecto como un imperativo personal más que como un proyecto de gobierno. En sus hombros cargaba los trabajos con firma y los anónimos; los reclamos seculares de una ciudadanía con sed y los de una ciudad que por mucho tiempo había asumido el perfil conventual de sus murallas. En abril de 1898, a un mes del bombardeo de San Juan por la escuadra norteamericana, se instalaron los contadores y se anunciaron las tarifas y la gente protestó; en abril se abrieron las plumas públicas y la gente hizo fiesta. Dos barcos de guerra españoles surtos en la bahía se aprovisionaron de agua del acueducto antes de partir hacia Cuba donde fueron hundidos en la Batalla Naval de Santiago. ¡Alto drama! Cuando el acueducto se inauguró de manera oficial, ya en tiempos de los americanos, fue un anti-clímax.

Pronto el acueducto se convirtió en paseo dominical obligado para muchas familias que subían a ver los depósitos de agua en el Barrio Venezuela y merendaban en sus alrededores. Y aquí entronco con otra guerra, la Primera.

Hace unos años subí, con resoplidos y todo, a la Loma de Prim (sí, el mismo capitán general que ideó el código para castigar a los esclavos insumisos en 1848), el lugar más alto en Río Piedras. Aníbal Sepúlveda, con quien he subido y bajado, atravesado y recorrido tantos caminos de amistad y aventura, incluyendo el Camino

de Santiago, me quería enseñar el tanque desde donde, por gravedad, se llevaba agua iba de arriba a abajo. Recién había empezado su colaboración en un proyecto conjunto de la Universidad de Puerto Rico, el Fideicomiso de Conservación, ahora Para la Naturaleza, y la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados, para recobrar al antiguo acueducto. Como quien no quiere la cosa, de seguro con el torturador Prim azuzándole, me susurró "las obras del acueducto se expandieron porque había que hacerles llegar agua a los soldados que se entrenaban en el Campamento Las Casas". Sabiendo de mi obsesión histórica con la vinculación entre el destino de nuestro país y las guerras, Aníbal pronunció el conjuro preciso.

Este libro puede leerse como una serie de anticipaciones de ciudad, comenzando con aquel mapa de Rodrigo de Figueroa en 1519. Ya para 1877, Enrique Gadea había vislumbrado una ciudad ensanchada, una versión avant la lettre de un área metropolitana, que armonizara con un futuro canal interoceánico y un nuevo papel comercial y estratégico para San Juan. El acueducto proyectado para entonces tendría que buscar otra fuente de extracción. Sugirió entonces el Río Grande de Loíza. Entre las dos guerras: la de 1898 y la de 1914, San Juan experimentó ese crecimiento físico y demográfico extraordinario pronosticado por Gadea; se construyó el Canal de Panamá y San Juan reincidió como baluarte geopolítico bajo una nueva administración, como también había previsto.

Cuando se firma el Armisticio en noviembre de 1918, el acueducto había tenido su primera gran expansión para proveer agua a más de 12,000 soldados en el Campamento Las Casas, pero su desafío mayor era el ensanchamiento humano de una ciudad liberada de su cinturón murado desde dos signos: el de la modernización urbana y el de la arrabalización de la pobreza.

Rexford Tugwell, quien gobernó a Puerto Rico de 1941 a 1946, dice en *La tierra azotada* que una de las características que distingue al puertorriqueño es la impermanencia; nada se sostiene por mucho tiempo, nada se transmite. Podemos argumentar sobre esto, pero la descripción que hace Aníbal de las primeras cuatro décadas del acueducto puede verse como una secuencia de obsolescencias: el agua potable no es suficiente; cuesta mucho; baja lenta y a veces no llega; las sequías reiteradas en los veinte ponen de manifiesto la fragilidad del caudal que alimenta al sistema mientras aumenta la población. No me lo van a creer, pero dilemas viejos reemergen: ¿hincamos pozos o traemos el agua de otro lado?

Podría decirse que el área metropolitana nace como ritornelo desde el signo del agua insuficiente, a menudo tragada por el auge urbano, pero también por las demandas de la todopoderosa economía azucarera de plantación. Despacito, pasito a pasito, Bayamón y Carolina–Loíza se adhieren a una hinchada ciudad desde el río Bayamón, Los Filtros y el río Grande de Loíza. Con la

Segunda Guerra Mundial, termina la municipalización del prematuramente viejo acueducto –con la creación de la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados, una corporación pública de ámbito estatal, que se establece en 1942–, aunque su vida útil renquea hasta los 1980.

4. Memorias, ruinas y futuros

El viejo acueducto quedó entonces sumergido en el olvido. Las energías, los clamores, los talentos y sudores, la imaginación, que desembocaron en su inauguración tras cuatro siglos de rogativa cívica se convirtieron pronto en ruinas junto a las tuberías, los depósitos de agua y la casa de máquinas. El río matriz quedó casi sepultado por la basura acumulada y la desidia. ¿Cómo entonces se convierte una ruina en futuro? ¿Cómo se convierte en ciudad? Sólo recuperando la memoria y la historia de los caudales y sinuosidades del río y de la maravilla tecnológica de la obra de ingeniería y de los hombres y mujeres agua arriba y agua abajo. Aníbal terminó su libro mientras el área metro sufría su peor sequía desde que aprendimos a bañarnos con un candungo de agua durante la sequía de 1994. Recordatorio de que los futuros del agua son los futuros de la ciudad y los de sus habitantes. El libro *Acueducto* de Aníbal Sepúlveda Rivera es el primer meandro de esa ciudad del futuro.

La autora es doctora en Historia. Profesora jubilada de la Escuela de Comunicación de la Universidad de Puerto Rico. Se especializa en historia cultural y en el análisis del discurso político y del discurso mediático. Es Académica Numeraria de la Academia Puertorriqueña de la Historia. Es autora de varios libros, entre ellos, *Un país del porvenir: el discurso de la modernidad en Puerto Rico* (siglo XIX).